

CARLOS SISÍ



VARSOVIA

La humanidad por fin se ha puesto de acuerdo en algo: hemos decidido dormir y soñar hasta desaparecer. Noche tras noche, por todo el mundo se repite el mismo fenómeno: la gente empieza a acostarse cada vez más temprano y a dormir más y más horas, incapaces de abandonar unos sueños que les hacen sentirse mucho más vivos que sus grises existencias. Hasta que se convierte en algo adictivo. Las pastillas para dormir empiezan a agotarse. Hombres y mujeres se quedan en sus casas enganchados a cualquier droga que les permita dormir un poco más. No comen ni beben y, poco a poco, las calles se vacían.

Mientras tanto, los pacientes de una residencia psiquiátrica a las afueras de París, sin médicos ni enfermeros que cuiden de ellos, se verán obligados a abandonar la seguridad de su encierro para buscar las respuestas que den sentido a un mundo que se apaga. Acosados por una presencia que se arrastra por las sombras y perseguidos por las visiones de soldados nazis que, inexplicablemente, hacen acto de presencia en las calles del París del siglo XXI, descubrirán que la semilla del fin de la humanidad se encuentra oculta en el gueto de Varsovia, en el fragor de la segunda guerra mundial.

Para Irena Sendler.

# Capítulo 1

## La comejenera

Como casi todos los días a las nueve y media de la mañana, Étienne Camus salió de la cama. No era muy exigente con su higiene, así que la mayoría de las veces se lavaba de forma muy somera en el lavabo: un poco de agua en la cara y mucha en el cabello, con la que alisaba el pelo corto y encrepado. Hacía eso por el frío; Étienne vivía en un piso muy pequeño y viejo, y los grifos de la bañera, minúscula y desgastada, proporcionaban un chorro de agua mínimo.

A menudo salía a la calle con la misma camiseta con la que había dormido, a la que añadía pantalones y una boina, y según el mes, también una bufanda y un abrigo. Casi nunca decidía dónde ir. En muchas ocasiones era una cuestión inconsciente, dictada por la dirección en la que le llevaban sus pasos cuando cogía el metro. Para cuando quería darse cuenta, era, a veces, Montmartre. Se escurría por la Rue des Abbesses, Rue Lepic o Rue Caulaincourt, y desayunaba en alguna cafetería, a menudo rodeado de turistas. Los turistas le gustaban; escuchar su runrún incomprensible y ver la ilusión de las vacaciones reflejada en sus miradas le hacía pensar en familias que compartían tiempo juntas. O parejas.

Allí solía leer algo, casi siempre una novela en edición de bolsillo, cualquier cosa que pudiera caber en su abrigo; o simplemente se dedicaba a ver la vida pasar. Si podía, elegía algún lugar soleado, y cerraba los ojos cuando miraba al cielo y sentía el calor tibio detrás de los párpados ce-

rrados. Otras veces iba a la Galería Vivienne, en el distrito dos. Le gustaba bajar la cabeza y admirar los mosaicos del suelo, y luego mirar hacia arriba y recrearse con el techo acristalado que dejaba pasar la luz. En especial, ese espectáculo le resultaba indeciblemente acogedor cuando llovía, sobre todo por el sonido que hacía el agua al golpear contra los vidrios inclinados. A Étienne Camus le gustaba, sobre todo, la tienda de libros antiguos.

—Ya nadie lee, amigo Étienne —se quejaba el dependiente cada vez que lo veía acercarse, y luego añadía—: ¡Buenos días de todas maneras!

Pero una vez por semana, al menos, volvía a su restaurante favorito, el Deux Fois Plus de Piment, en la Rue Saint-Sébastien, cuya comida le parecía exquisita. Cocina asiática, pero la original, no esos sucedáneos prefabricados que servían por todas partes. Solía pedir carne de res, o de cerdo, chili tofu y sopa de pescado huichuan. El local pasaba inadvertido fácilmente: un lugar minúsculo con un escaparate feo, a menudo lleno de grafitis espantosos, ubicado además en una calle sin personalidad que podría pertenecer a cualquier otra ciudad de Europa. Pero la comida... Étienne bromeaba a veces con su amigo Niní, que llevaba trabajando allí once meses ya, diciéndole que le ponían adictina a la comida.

—Algo le echáis, Niní. El cuerpo me pide volver —decía.

—Eso es porque somos baratos, Étienne —respondía—. Por eso tienes dinero, ¿verdad? ¡Porque gastas poco!

—Esa es la clave, sí —decía Étienne.

Ese día, Étienne sintió la llamada de la adictina en la sangre. Se encontraba en el otro extremo de París, pero tampoco importaba si estaba cerca o lejos, Étienne siempre volvía. En París, de todas maneras, el metro rendía la ciudad a sus pies.

—¿Qué te parece, Étienne? —preguntó el camarero ese día—. ¿Qué les cuesta a los turistas aprender cómo se dice

buenos días en francés, eh? Me acercaría y dirían: «¡Buenos días!». ¡No pido mucho, me parece!

—Puedes poner un cartel, Niní —respondió Étienne—. A todo el que salude al camarero con un «buenos días», le regalas un cruasán.

—¡Un cruasán, un cruasán! —protestó Niní—. ¡Es todo lo que piden los turistas, cruasanes! ¡Pues no están tan buenos, los cruasanes! En fin, Étienne, ¿qué te pongo hoy?

—Un cruasán —respondió Étienne.

Niní rio de buena gana.

—¡Te lo voy a poner! ¡Mira que te lo voy a poner, Étienne!

—Ah, pero ¿tenéis cruasanes aquí?

—¡Te lo voy a buscar! ¡Ahora mismo te busco uno!

Niní se alejó riendo, y mientras pasaba al lado de una mesa, inclinó la cabeza a modo de reverencia y soltó un «¡Buenos días, señor! ¡Buenos días, señora!» sin esperar respuesta. A los clientes les faltó aplaudir, como si acabaran de asistir a algún espectáculo para turistas.

Étienne se quedó sentado, sonriendo. Luego, sacudió la cabeza y sacó su libro. Sabía por experiencia que la comida aún tardaría unos veinte minutos, por mucho que pidiera los platos más comunes del menú. El Deux Fois Plus no estaba tan concurrido por esa época como en los meses buenos, sobre todo en verano, pero aun así no había ni una sola mesa libre; tenía tiempo de leer unas buenas ocho o diez páginas. Al empezar la lectura escuchó a Niní decir desde la barra: «¡Buenos días!» y volvió a reír.

Miró pensativo a través de los pequeños resquicios libres de la ventana. El edificio de enfrente albergaba un comercio con un cartel en el escaparate que anunciaba: «Artisan Cordonnier». Una mujer hablaba con un hombre y reía con ganas ante alguna ocurrencia mientras él movía mucho los brazos. A lo lejos ladraba un perro.

Lo eran, sí. Eran buenos días. Días amables, con poco o nada que hacer, pero que le proporcionaban lo que quería

y necesitaba. Era un periodo que él llamaba «las Casas de Curación», y no le pedía a la vida más que paseos, un buen desayuno, respirar el aire fresco de las calles empedradas, sentarse en los jardines del Musée Rodin (el lugar más romántico de todo París, en su opinión) y ver a alguna pareja sonriéndose con complicidad antes de besarse. Y llegar a casa al atardecer y leer hasta que le entraba sueño, que con las pastillas solía ser poco después de la cena.

Étienne lo había pasado mal. Tuvo un trabajo estresante, de mucha responsabilidad, y una relación imposible con una mujer a la que amaba más que a ninguna otra persona en el mundo. Hablaban mucho y se veían mucho más, y pasaron juntos algunos de los días más bonitos que Étienne podía recordar, pero cuando él le hablaba de sus sentimientos, ella se alejaba, esquiva; pero nunca lo bastante ni durante el suficiente tiempo como para que él abandonara la esperanza. La vida tenía entonces dos orillas. Se alternaban los días de glorioso esplendor y explosiva fantasía con los de tristeza y desmoronamiento. Ella chascaba los dedos y él era un pequeño fox terrier alborozado que levantaba las patas y movía el rabo, henchido de vida y de ilusión. Ella dejaba de responderle y él caía en un abismo hondo y negro de dolor y tristeza.

Él le decía: «Te amo». Ella respondía: «Amar es natural. Yo amo a mucha gente, Étienne. ¿Qué tiene tu amor de especial?». Él le decía: «Compartamos la vida, juntos». Ella respondía: «¿Y qué es la vida, Étienne? La vida es esto, es ahora, pero no sabemos qué será mañana. ¡No hagamos planes! Escoger un plan, destilar uno solo, es perder mil posibilidades excitantes que surgen todos los días».

En algún momento, la desesperación de Étienne por conseguir a esa mujer le condujo a un desastroso cambio íntimo. El Étienne que era se diluyó entre un océano de posibles Étienne, todos configurados según lo que él creía que ella buscaba. Se traicionó, se asesinó, se perdió. Étienne se transformaba, en el discurso de una simple conver-

sación telefónica un día cualquiera, según ella iba reaccionando a sus respuestas. Étienne hubiera sido cualquier otra cosa, habría actuado toda su vida si hubiese sido necesario, para conseguirla.

Étienne pasaba las noches mirando el techo de su cuarto y suspirando. A veces, susurraba su nombre cuando caminaba por la calle, como si brotara de repente por entre sus labios, como un lamento del corazón, o como si el solo nombre fuese suficiente para satisfacer, aunque fuera por unos instantes, su desbocada obsesión.

Después de varios años de intenso rifirrafe emocional, ella le escribió un mensaje en el móvil. «Estoy A GO TA DA, Étienne». Étienne estaba también exhausto. Su obsesión por ella le había hecho desatender su trabajo casi por completo. Sus jefes le miraban con desaprobación, hasta que un día lo perdió todo. Étienne abrió entonces un nuevo capítulo en su vida, al que llamó «Depresión». En uno de esos pozos oscuros de dolor, se obligó a borrar el número de teléfono de ella de su agenda, y se mordía los puños cada vez que sentía el impulso irrefrenable de ir a verla a su casa.

Ella tampoco lo contactó más.

«Depresión» se convirtió en el capítulo más largo del libro de su vida.

Un día, después de un periodo de tiempo que ni él mismo supo precisar, decidió que necesitaba ayuda. Estaba delgado y desaseado, y vestía ropa vieja con más manchas y descosidos que un refugiado de guerra. Había cambiado el sueño. Dormía de día y por la noche absorbía contenidos de televisión como un adicto. Un día, cuando iba de camino a la panadería, una niña se lo quedó mirando. Había asco en la mirada de esa niña pulcramente vestida, con dos coletas cuidadosamente peinadas y la cara limpia y resplandeciente de sus siete años. Su madre tiró de ella mientras le susurraba algo al oído, y Étienne se quedó plantado, confuso, dándose cuenta de que necesitaba ayuda. Esa misma semana fue a ver a un psiquiatra y empezó a desgra-



nar su historia. Al principio le costó incluso recordar, pero luego descubrió que la presa que cerraba ese río quería desplomarse y abandonar su mente en forma de tropel de palabras. Hubo lágrimas, y también dolor, pero las sesiones le sentaban bien, y Étienne empezó a sentirse mejor. Después de varios meses de trabajo, el psiquiatra le explicó que sufría una depresión y, además, un trastorno bipolar. Le recetó Lexapro, que a veces su médico de cabecera cambiaba por Celexa, y unos estabilizadores de humor, Lamictal y Neurontin. Se los tomó con diligencia.

Se podría decir que ahora Étienne Camus era feliz.

Ese día, cuando ordenó la cuenta, Niní se acercó con una sonrisa y su servilleta blanca prendida en su hombro. Eran casi las cuatro de la tarde y apenas quedaban ya clientes en el restaurante. El Deux Fois Plus de Piment cerraría un par de horas para preparar el turno de las cenas.

—¿Sabes, Étienne? —dijo—. ¡Hoy he tenido un sueño precioso!

Étienne se quedó pensando.

—Un sueño... —susurró—. No recuerdo cuándo fue la última vez que soñé.

—¡Pues lo que es yo, he tenido uno tan bonito que, si lo tuviera todos los días, sería el más feliz de los hombres!

—Pues me alegra mucho escuchar eso, Niní. ¿De qué iba el sueño?

—¡No me acuerdo, Étienne! —exclamó—. ¡De verdad que no me acuerdo!

—Oh, estás quedándote conmigo. ¿Cómo dices entonces que era precioso?

—Porque me acuerdo de cómo me sentí al levantarme —dijo Niní mientras le retiraba los platos y le ponía la cuenta en la mesa—. ¡Vaya un sueño precioso, Étienne! ¡Precioso de veras!

Étienne asintió, sonriendo aún.

Puso diez euros sobre la bandeja.

Era curioso, pensó. No recordaba haber tenido un solo sueño desde...

Desde hacía años.

Desde antes.

Sí, desde antes de aquello.

—¿Cómo te encuentras, Marie? —preguntó el doctor Bouffart.

—Mucho mejor, doctor —respondió Marie, sonriendo. Como casi siempre, no levantaba la cabeza. Tenía las manos entrelazadas, sobre su bolso; el vestido largo de tonos otoñales con flores estampadas cayendo desde la silla.

—¿Crees que la medicación está ayudando?

—Bueno. Eso creo. Esta semana... he estado haciendo... cosas positivas. He comprado unas cosas, de colores, como piezas. Según cómo las juntas, haces figuras.

—¡Oh, qué bien! —dijo el doctor—. ¿Qué figura estás haciendo?

Marie sonrió, sin levantar la mirada.

—Bueno. Quiero que sea... un perro en un parque. Pero por ahora no se parece mucho.

—Un perro en un parque. —El doctor apuntó algo en una libreta—. Eso suena muy bien. ¿Es un parque familiar, con sol y con niños, o quizá uno de esos parques tranquilos, con hojas en el suelo, llenos de rincones umbrosos?

—Uno familiar —respondió Marie, sonriendo.

—Estupendo —dijo el doctor, complacido—. Un parque estupendo. ¿Cuántas pastillas estás tomando?

—Las que me dijo usted que tomara... —susurró Marie—. Uno cero uno, una por la mañana, ninguna al mediodía, otra por la noche.

—¡Muy bien! —exclamó el doctor—. ¿Qué otras cosas estás haciendo?

—Paseo —dijo Marie, encogiéndose de hombros y levantando la cabeza, pero para mirar a otro lado, a un punto

indeterminado—. Ahora me gusta más salir, pero solo por la mañana, cuando el sol está alto. Y después de comer voy a una librería donde, cada día, viene un autor diferente. Me gusta escucharles hablar sobre por qué escriben los libros que escriben. A veces compro alguno.

—¿Alguno interesante?

—Oh, sí. Desde luego. Muchos de ellos. He descubierto a Kundera, y a Balasco, y también a Judith Gautier. Me gusta cómo escribe Judith, me gusta mucho.

—Leer es muy bueno, Marie —convino Bouffart—. No solo para usted.

Marie asintió, sonriendo.

El doctor le gustaba, porque tenía cierta edad y resultaba simpático con las cejas tan pobladas. Se notaba que se afeitaba a diario, pero era una tarea fútil porque una permanente sombra gris poblaba su rostro redondo y amable. El doctor Bouffart olía a la colonia para el afeitado que usaba su abuelo, Old Spice, y ese olor le traía recuerdos amables de la casa donde vivían, en Noirmoutier, hacía de eso como seis años. Era una isla de apenas cincuenta kilómetros cuadrados en la región de Pays de la Loire, un lugar paradisíaco. Se la conocía como «la isla de las mimosas» y olía precisamente a eso: a flores, y también a mar. Marie podía cerrar los ojos en cualquier momento y traer vívidos recuerdos de días de playa, de comilonas de ostras, e incluso del inconfundible sabor de los caramelos con sal marina que su padre traía a casa a menudo.

Hacía tanto de eso. Tanto, y a la vez, tan poco.

—¿Has considerado volver a trabajar en lo tuyo, en la... librería? —preguntó Bouffart, observando su ensimismamiento.

Marie negó con la cabeza.

—No —susurró—. Aún no creo que...

Bouffart levantó ambas manos. Eran manos grandes y bien cuidadas. Las uñas eran curvas perfectas en unos dedos pulcros y bastante gruesos.

—No pasa nada, Marie. ¡No hay prisa! Aún es pronto.

—Sí —susurró ella, molesta.

—Por ahora lo estás haciendo bien. ¡No te preocupes! Todo requiere su tiempo. Voy a apuntar aquí que la evolución es positiva, y a ver cómo evolucionas esta semana. Te veo otra vez el próximo viernes, ¿te parece?

—Sí, de acuerdo —dijo ella.

—Tienes tus teléfonos de emergencia, ¿verdad? Si te encuentras mal, necesitas hablar, te sientes demasiado nerviosa, o triste...

—Los usaré, claro.

Bouffart anotó algo en su cuaderno.

—Bien. Pues... esto es todo, Marie. Me gusta cómo te veo, de veras. Creo que con la medicación y un poco de tiempo estarás bien enseguida.

Marie jugaba otra vez con sus manos. Bouffart observó su incomodidad y se levantó de la mesa, afable y animoso. Se despidió de ella con un cordial apretón de manos y se desearon buen fin de semana. Bouffart la miró irse, con su vestido describiendo un pequeño vuelo a su espalda. Siempre le gustaba ver cómo se iba, Marie tenía una elegancia natural muy poco habitual esos días.

Miró la hora en su reloj de muñeca. Aún tenía una visita más esa mañana, y luego podría salir de la consulta y perderse en otro fin de semana. Desde luego estaba siendo un buen día, lleno de pacientes que evolucionaban positivamente, y estaba además la promesa de la tarde libre. Si hacía buen tiempo puede que la pasara en su terraza, con una buena pipa (su vicio inconfesable, dada su calidad de médico) y un vaso de vino. Un vaso de vino al día, decía, mantiene alerta el hígado. A Bouffart le gustaba sentarse allí con las zapatillas de andar por casa, su bata y su cuaderno de dibujo. Dibujaba pájaros, paisajes; dibujaba escenas que le venían a la cabeza sobre la vida tranquila y cotidiana en los pueblos, cosas que podía recordar, principalmente. Uno de sus dibujos, «Dos niños corriendo», había acabado en ma-

nos de la mismísima ministra de Cultura, la señora Françoise Nyssen, por mediación de un amigo. Bouffart se había sentido muy orgullo. Su amigo le había dicho que le había regalado la diminuta lámina en un pequeño marco, sobrio y elegante, y que al parecer lo había puesto en el despacho que tenía en su propia casa. A Bouffart le gustaba mucho Nyssen.

Estaba siendo un buen día, sí, y se le ocurrió que el mejor modo de acabarlo sería organizar una pequeña cena con amigos en casa. Vino, queso, pan, aceite, ajo, y unos *escargots*, tal vez. Tendría que pasarse por la tienda de Perpignan para comprar algunos.

Suspiró, contento.

Ojalá esa noche volviera a tener el mismo sueño maravilloso que había tenido la noche anterior.

Ojalá.

Marie, a quien su madre llamaba siempre Marion y sus amigos Mimí, vivía entre libros, por los libros y para los libros. Solía leer en la cama, o mejor dicho, sobre la cama, sobre todo cuando estaba hecha. En verano se vestía con unos calzoncillos de hombre, ¡su gran descubrimiento! y desparrramaba su cabellera rubia y rizada por la colcha mientras leía, leía y leía. En invierno se arrebujaba entre las mantas, o debajo de un nórdico mullido y blanco al que llamaba *señor Suave*. Lo leía todo, desde romántica hasta novela contemporánea; leía biografías de grandes pensadores, fantasía, ciencia ficción, novela de suspense, clásicos de la literatura, novela negra, realismo mágico o histórica. Su padre le decía: «No hay libro malo, Marie. De todos se saca algo», y ella no podía estar más de acuerdo. Nunca, en toda su vida, se había aburrido leyendo libro alguno.

Mimí vivía una suerte de realidad alternativa, distinta a la de todo el mundo. Decir que era optimista no ilustraba con precisión su paso por la vida. Resultaba tan especial,

casi mágica, en su percepción de las cosas, que algunas amigas la llamaban, cariñosamente, *Mimí Poppins*. Los problemas desaparecían cuando se los contaban, y aunque el cielo apareciese negro y amenazara lluvia, viento y tormenta, Mimí encontraba siempre algo que celebrar. A menudo, abría los ojos grandes y luminosos, sonreía con su boca pequeña, y decía: «¿No es... alucinante?».

Marie se trasladó de Noirmoutier a París para cumplir su sueño: trabajar en una librería. No aspiraba a más en la vida que trabajar entre libros. Para conseguir el trabajo, la dueña solo tuvo que mirarle a la cara, su cara pequeña y hermosa de ratoncillo, colmada de ganas, ese tipo de ganas que suelen verse en los niños que esperan sus regalos de Navidad. Le dijo: «Caramba, chica, el trabajo es tuyo; siempre ha sido tuyo».

Una hora antes de abrir al público, ella se paseaba entusiasmada por las estanterías y acariciaba con un dedo largo y cariñoso los lomos de los volúmenes. Se preguntaba cuántas historias, cuántos personajes, cuántas sensaciones habría escondidos en ellos. A veces sacaba alguno y lo abría, como quien descubre un tesoro, y las páginas del libro parecían cubrir su rostro de un resplandor dorado, como si acabara de abrir un cofre lleno de oro y piedras preciosas. A menudo, la dueña de la librería recurría a ella antes que al ordenador. «Marie, ¿tenemos este libro?», y ella decía que sí o que no, con una rapidez y una seguridad pasmosas. Otras veces reordenaba los pequeños rincones de la librería, que muy pronto quedó llena de lugares mágicos, con tomos dispuestos en el suelo formando una especie de castillo, o simulando ser el lugar secreto de un niño, con una sábana prendida entre dos sillas, varios libros y una linterna en su interior. O apagaba la luz de un rincón abuhardillado y tendía cuerdas con pequeñas luces de color azul que simulaban la luz de la luna, y las adolescentes en busca de ese amor idealizado propio de la edad se sentaban allí con una novela de Nora Roberts en la mano. La

gente se paseaba por esos rincones como si acabara de acceder a otro mundo, y la fascinación asomaba a sus rostros.

El primer sábado de cada mes se celebraba el «Amor con los libros», otra iniciativa de Mimí. Tendía colchones por toda el área central de la librería, que por entonces era ya un bastión de magia en el barrio doce de París, y se invitaba a la gente a coger un libro cualquiera, descalzarse y tumbarse en los colchones. La gente se leía trozos unos a otros, y se formaban corrillos alrededor de los lectores más apasionados. Otros leían de forma íntima, la cabeza de ella apoyada en el cuerpo de él, o los niños embelesados alrededor de mamá con la última novedad infantil; y entre todos se producía una especie de melodía en voz baja, una música compuesta de palabras, el susurro entretejido de una docena de historias diferentes. Y se bebía té y se comían galletas o magdalenas calientes con canela. Por eso, por la magia que emanaba de Mimí, el primer sábado de cada mes se formaba siempre una cola de hora y media en plena calle, en la Rue Saint Paul, esquina con la Rue Eginhard, número doce.

La librería L'Autre Amour acabó convirtiéndose en un lugar bastante popular, incluso entre la gente que no solía leer. Mimí estaba feliz. Su jefa hablaba de resultados económicos y, una vez al mes, se paseaba exultante por la tienda con varios pliegos de papel repletos de números. Aunque Mimí entendía que cosas como los beneficios estaban bien, se llenaba de orgullo cuando pensaba a cuánta gente estaba contagiando su amor por los libros. Eso era lo más importante. Sabía cuándo alguien era un lector habitual y cuántos se llevaban una obra determinada casi por primera vez, con esa mirada dubitativa y esa gestualidad insegura, como si se preguntaran si estaban tirando el dinero. De estos, muchos volvían, aunque solo fuera para encontrarse, otra vez, con la sonrisa sincera y amable de Mimí, y cada vez regresaban más a menudo.